

Magia de Venecia en las *Cartas de la montaña*, no me cabe duda que verán que tenía desde hacía largo tiempo gran vocación para ser hechicero.

Tal era mi método de vida en las Charmettes cuando no me ocupaba de los cuidados domésticos; pues éstos eran siempre preferidos, y en lo que no era superior á mis fuerzas trabajaba como un patán; si bien es verdad que mi extrema debilidad me dejaba en este punto casi únicamente el mérito de la buena voluntad. Por otra parte quería hacer dos cosas á la vez, y por esta razón no salía bien con ninguna. Se me puso en la cabeza adquirir memoria á la fuerza y me obstinaba en retener mucho; al efecto siempre me llevaba algún libro, que con increíble trabajo estudiaba y repasaba trabajando. No sé cómo mi tenacidad en continuar tan vanos esfuerzos no acabó por atontarme. Lo menos, he aprendido veinte veces las églogas de Virgilio, de las que no sé una palabra. He perdido ó truncado una multitud de libros por la costumbre que tenía de llevarme algún volumen á todas partes, al palomar, al jardín, al huerto, á la viña. Cuando algo me distraía, colocaba mi libro al pie de un árbol ó sobre la cerca; luego me olvidaba de recogerlo, y me sucedió muchas veces hallarlo al cabo de quince días podrido ó bien estropeado por las hormigas y los caracoles. Este furor de aprender se convirtió en una manía que me dejaba como entontecido, estando sin cesar ocupado en murmurar entre dientes alguna cosa.

Leyendo con más frecuencia las obras de Port-Royal y del Oratorio me había vuelto medio jansenista, y, á pesar de toda mi contienda, su dura teología á veces me espantaba. El terror del infierno, que hasta entonces había temido muy poco, turbaba lentamente mi serenidad; y si mamá no hubiese tranquilizado mi alma, esta horrible doctrina hubiera acabado por trastornarme completamente. Mi confesor, que lo era también suyo, contribuía por su parte á mantenerme en debido lugar.

Era éste el padre Hémet, jesuita, bueno y sabio anciano, cuya memoria veneraré siempre; á pesar de ser jesuita, era sencillo como un niño, y su moral, menos austera que dulce, era cabalmente la que me convenía para contrarrestar la influencia del jansenismo. Este buen hombre y su compañero el padre Copier venían á menudo á visitarnos en las Charmettes, no obstante ser muy áspero el camino y asaz largo para personas de su edad. Sus visitas me hacían mucho bien, así Dios se lo premie á sus almas, pues ya eran entonces harto viejos para presumir que vivan todavía. Yo iba igualmente á verles en Camberí; me familiarizé poco á poco con su casa, y su biblioteca estuvo á mi disposición. El recuerdo de este dichoso tiempo se enlaza con el de los jesuitas hasta el punto de hacerme amar el uno por el otro, y aunque su doctrina me haya parecido siempre peligrosa, jamás he podido aborrecerles de corazón.

Yo quisiera saber si por los corazones de los demás pasan puerilidades semejantes á las que á veces pasan por el mío. En medio de mis estudios y de la vida más inocente que darse puede, y á pesar de cuanto me hubiesen dicho, aun me agitaba frecuentemente la idea del infierno. Preguntábame de cuando en cuando: «¿En qué estado me hallo? Si muriese en este momento, ¿sería condenado?» Según mis jansenitas no había que dudar; pero según mi conciencia me parecía que no.

Siempre temeroso y fluctuando en esta cruel incertidumbre, para librarme de ella, acudía á los medios más ridículos y por los cuales de buena gana haría encerrar á un hombre á quien viese hacer otro tanto. Un día, pensando en este triste asunto, me entretenía maquinalmente en tirar piedras á los troncos de los árboles, y esto con mi habitual destreza, es decir, sin acertar casi ninguna vez. En medio de este lindo ejercicio, tuve la feliz ocurrencia de hacerme una especie de pronóstico para calmar mis inquietudes. Dije para mí: «Voy á tirar esta pie-

dra contra el árbol situado enfrente de mí; si le toco, será señal de salvación; si yerro, signo de condenación.» Al decir esto lanzo la piedra con trémula mano y estremeciéndose horriblemente mi corazón, mas con tan buena fortuna, que dí de lleno en medio del tronco, lo que ciertamente no era muy difícil, pues había tenido buen cuidado de escogerlo cercano y muy grueso. Desde entonces no he dudado más de mi salvación. No sé si al recordar este rasgo he de reirme ó compadecerme á mi mismo. Felicitaos, grandes hombres, vosotros que seguramente os reis; pero no insultéis mi miseria, pues os juro que la siento perfectamente. Por lo demás, estas turbaciones, estas alarmas, quizá inseparables de las creencias religiosas, no constituían un estado permanente. Por lo común estaba bastante tranquilo, y la impresión que en mi alma producía la idea de una muerte próxima, no era tanto de tristeza como de una apacible languidez, que hasta encerraba sus dulzuras. No ha mucho que he encontrado entre mis papeles viejos una especie de exhortación que yo me hacía á mi mismo, donde me felicitaba por morir á la edad en que se siente uno con bastante valor para arrostrar la muerte, y sin haber padecido grandes males de cuerpo ni de espíritu durante mi vida. ¡Cuánta razón tenía! un presentimiento me impulsaba á temer que viviría para sufrir; parecía prever la suerte que esperaba á mi vejez.

Jamás he estado tan cerca de la sabiduría como en esta feliz etapa. Sin grandes remordimientos por mi pasado, libre de cuidados por el porvenir, el sentimiento siempre dominante en mi espíritu era gozar del presente. Los devotos tienen comunemente una pequeña sensualidad muy viva, que les consiente saborear con delicia los inocentes placeres que les son permitidos. Los mundanos se lo achacan á crimen, ignoro por qué razón; ó mejor, la sé muy bien: es porque envidian á los demás el goce de los placeres sencillos, para los cuales han perdido el gusto. Éste lo tenía yo y me encantaba poder satis-

facerlo con la conciencia tranquila. Mi corazón, joven todavía, se abandonaba con la alegría de un niño, ó más bien si se me permite la frase, con una sensualidad de ángel; porque á la verdad, esos tranquilos goces envuelven la serenidad de los del Paraíso. Comidas hechas sobre la hierba en Montañola, cenas debajo del emparrado, la recolección de los frutos, las vendimias, las veladas en que agramábamos con nuestros labradores, todo esto constituía para nosotros otras tantas diversiones en que mamá disfrutaba tanto como yo mismo. Los paseos solitarios tenían un atractivo mayor todavía, porque el corazón se esparcía con más holgura. Realizamos, entre otros, uno que forma época en mi memoria; un día de San Luis (nombre de mamá), salimos juntos y solos, muy temprano después de la misa, que había venido á celebrar un carmelita al amanecer en una capilla de la casa. Yo había hecho la proposición de ir á recorrer la falda de la montaña opuesta á la nuestra y que no habíamos inspeccionado todavía. Enviamos provisiones de antemano, porque la excursión debía durar todo el día. Aunque algo gruesa, rechoncha, mamá no andaba con dificultad; íbamos de colina en colina y de bosque en bosque, ya expuestos á los rayos del sol, ya cobijados por la sombra, reposando de cuando en cuando y olvidándonos así horas enteras; hablando de nosotros, de nuestra unión, de la dulzura de nuestra apacible suerte y haciendo por su duración votos, que no fueron escuchados. Todo parecía coadyuvar á la felicidad de esta jornada; poco antes había llovido; no se levantaba polvo alguno y corrían los arroyos; el céfiro ligero agitaba las hojas blandamente, el aire era puro, limpio el horizonte; reinaba la serenidad en el cielo como en nuestros corazones.

Comimos en casa de un campesino, acompañándonos toda su familia, que nos bendecía de corazón. ¡Cuán buenos son esos pobres saboyanos! Acabada la comida, nos colocamos á la sombra de unos frondosos árboles, donde mientras yo recogía

algunas ramas secas para hacernos el café, mamá se entretenía en herborizar entre la maleza; y con las flores del ramillete, que andando el camino había compuesto para ella, me hizo observar en su estructura mil cosas curiosas que me complacieron mucho, y debían infundirme gusto por la botánica; mas no era llegado el momento de dedicarme á ella todavía; me distraían sobrados estudios.

Vino á distraerme de las flores y de las plantas una idea que me sorprendió. La situación de espíritu en que me hallaba, cuanto habíamos dicho y hecho aquel día, cuantos objetos me habían admirado, trajeron á mi memoria la especie de sueño que había tenido en Annecy estando despierto, siete ú ocho años antes, y que referí en su lugar. La conexión entre éste y la realidad era tan singular, que al pensar en ello me conmoví hasta saltármese las lágrimas. En un raptó de ternura abracé á esta cara amiga. «Mamá, le dije apasionadamente, este día me fué prometido mucho tiempo hace y nada veo superior á él. Gracias á vos, mi felicidad llega á su colmo; ¡ojalá no decaiga en adelante! ¡ojalá tardase tanto en acabar como en dejar de agradarme, pues entonces no concluiría sino con mi vida.»

Así corrieron mis días felices y tanto más dichosos en cuanto no vislumbrando nada que pudiese turbarlos, me figuraba que en efecto no habían de tener fin sino con los míos. Y no es que la causa de mis recelos hubiese cesado por completo; pero la veía tomar otro curso que yo encaminaba lo mejor que podía á objetos útiles, á fin de que en sí misma encerrase su remedio. Mamá tenía una inclinación natural al campo, gusto que seguramente no se entibiaba conmigo. Poco á poco lo halló en los entrenimientos campestres; le agradaba cuidar de las tierras, y en esta materia poseía conocimientos, de que hacía uso con placer. No contenta con lo que estaba anejo á la casa que había tomado, ya arrendaba un campo, ya un prado, y en fin, aplicando su carácter emprendedor á los objetos de agricultura, en

vez de permanecer ociosa en su casa, se encaminaba á ser en breve una gran agricultora. Á mí no me agradaba mucho verla tomar tanto vuelo y me oponía cuanto me era dable, seguro de que ella siempre se vería engañada y que su carácter liberal y pródigo haría que constantemente fuese mayor el gasto que el provecho; sin embargo me consolaba con la idea de que este provecho no sería nulo y por lo menos la ayudaría á vivir. De todo lo que estaba en su mano emprender, esto me parecía lo menos ruinoso, y sin esperar resultados como ella, consideraba que tenía una ocupación continua que la libraba de los negocios malos y de los petardistas. Con esta idea deseaba ardientemente recobrar toda la fuerza y la salud que me eran necesarios, á fin de velar por sus intereses, para ser sobrestante de sus trabajadores ó su primer jornalero; y el ejercicio que esto me imponía, distrayéndome naturalmente de mis libros y de mi estado, debía mejorarlo.

(1737 á 1741.)

Al volver Barillot de Italia, el próximo invierno, me trajo algunos libros, entre ellos el *Bontempi* y la *Cartella per musica* del padre Banchieri, que me aficionaron á la historia de la música y á las investigaciones teóricas sobre este bello arte. Barillot permaneció varios días con nosotros; y como hacia algunos meses que había entrado en la mayor edad, convenimos en que á la inmediata primavera me iría á Ginebra á reclamar la herencia de mi madre, ó á lo menos la parte que me correspondía, hasta saber qué había sido de mi hermano. Así se efectuó. Pasé á Ginebra, donde por su parte acudió mi padre, quien iba allí hacia mucho tiempo sin que nadie le molestara á pesar de no haberse terminado la causa; mas como

se apreciaba su valor y se le respetaba por su probidad, hicieron como que se había olvidado; y los magistrados, que se ocupaban del gran proyecto que salió á luz después, no querían asustar á la clase media recordándole inoportunamente su antigua parcialidad<sup>1</sup>.

Yo temía que se me opusieran dificultades por haber cambiado de religión, mas no fué así. Las leyes de Ginebra son en este punto menos duras que las de Berna, donde el que cambia de religión pierde no solamente su estado, sino también sus bienes. Los míos, por tanto, no me fueron disputados, pero se encontró, no sé cómo, que quedaban reducidos á muy poca cosa. Aun cuando tuviesen la casi seguridad de que mi hermano había muerto, no existía prueba alguna jurídica; me faltaban pruebas suficientes para reclamar su parte, y la dejé con gusto para ayudar á vivir á mi padre, que disfrutó de ella hasta el fin de su vida. Tan luego como fueron cumplidas las formalidades judiciales y hube recibido mi dinero, empleé una parte en libros y volé á depositar el resto á los pies de mamá. El corazón me latía de gozo durante el camino, y el momento en que le entregué este dinero me fué mil veces más grato que aquel en que lo recibí. Ella lo tomó con esa sencillez de las almas nobles que, haciendo esas cosas sin esfuerzo, las ven sin admiración. Casi todo se empleó para mí, y esto con un desprendimiento igual, empleo que hubiera sido exactamente el mismo si ella lo hubiese recibido por otro conducto.

Con todo eso, mi salud no se restablecía; al contrario, decayó visiblemente; estaba pálido como un muerto y flaco como un esqueleto; la agitación de mis arterias era terrible, más frecuentes mis palpitaciones; me sentía constantemente opri-

<sup>1</sup> Sin duda se refiere á la terminación de las diferencias que existían entre los magistrados y los ciudadanos de Ginebra, por la mediación del marqués de Sautter, embajador de Francia, y de los diputados de Zurich y Berna.

mido, y en fin caía en tanta debilidad que me costaba trabajo moverme: no podía bajarme sin que me dieran vértigos, era incapaz de levantar el peso más mínimo; me hallaba reducido á la inacción más atormentadora para un hombre tan inquieto como yo. Cierta es que en todo esto se mezclaba mucho flato, que es la enfermedad de las personas felices; ésta era la mía: las lágrimas que derramaba á menudo sin razón de llorar, los sobresaltos que me causaba el ruido de una hoja ó de un pájaro, la falta de fijeza viviendo en la calma de la más dulce vida; todo indicaba este fastidio del bienestar que hace, por decirlo así, desbarrar á la sensibilidad. Es tan cierto que no hemos sido hechos para ser felices acá bajo, que es fuerza que sufra el alma ó el cuerpo cuando no padecen los dos y que el buen estado del uno casi siempre daña al otro. Cuando hubiera podido gozar deliciosamente de la vida, la decadencia de mi organismo lo impedía, sin que fuese fácil acertar dónde tenía asiento la causa. En lo sucesivo, no obstante el declinar de los años y á pesar de males muy reales y muy graves, parece que mi cuerpo ha recobrado fuerzas para sentir mejor mis desgracias; y á la hora en que esto escribo, doliente y casi sexagenario, encorvado por sufrimientos de todo género, me siento para sufrir con más vigor y más vida que tuve para gozar en la flor de mi edad y en el seno de la más verdadera felicidad.

Para concluir conmigo, habiendo enlazado con mis lecturas un poco de fisiología, me había entregado al estudio de la anatomía; y examinando la multitud y el juego de las piezas que componían mi máquina, se me figuraba que todo esto se me había de descomponer veinte veces cada día; lejos de extrañar hallarme moribundo, me sorprendía que viviese aún, y no podía leer la descripción de una enfermedad que no creyese ser la mía. Estoy seguro de que si no hubiese estado enfermo, hubiera enfermado con este fatal estudio. Hallando en cada enfermedad síntomas de la mía, creía tenerlas todas

y contraí una más cruel de que me conceptuaba libre, el anhelo de curar: y es una enfermedad difícil de evitar cuando se leen libros de medicina.

Á vueltas de buscar, de reflexionar y comparar, vine á creer que la base de mi mal era un pólipa en el corazón, y Salomón mismo pareció sorprenderse de semejante idea. Razonablemente, yo debía partir de esta opinión para confirmarme en mi precedente resolución. Lejos de hacerlo así, puse en juego todas las fuerzas de mi espíritu para averiguar cómo podía curarse un pólipa en el corazón, resuelto á emprender esta maravillosa cura. En un viaje que Anet había hecho á Montpellier para visitar el jardín de plantas y á su encargado, señor Sauvages, le dijeron que el señor Fizes habíá curado un pólipa semejante. Mamá se acordó y me habló de ello. No necesité más para alentar el deseo de ir á consultar al señor Fizes. La esperanza de curar me infundió valor y fuerzas para emprender este viaje, para lo cual nos sirvió el dinero de Ginebra. Mamá, lejos de disuadirme, me animó; y heme aquí en camino hacia Montpellier.

No tuve necesidad de ir tan lejos para encontrar el médico que me interesaba. El caballo me fatigaba demasiado y había tomado una silla en Grenoble. En Moirans llegaron detrás de mí cinco ó seis sillas más. Esto era verdaderamente la aventura de las angarillas. La mayor parte de esas sillas eran el cortejo de una recién casada llamada señora de Colombier. Iba con ella otra mujer llamada de Larnage, menos joven y bella, pero no menos amable, y que desde Romans, donde ésta se detenía, debía proseguir su camino hasta la villa de Saint-Andiol, junto á Pont-Saint-Esprit. Con mi timidez, ya se deja comprender que no trabé en seguida conocimiento con mujeres de distinción y con el séquito que las rodeaba; pero fui siguiendo el mismo camino, parando en las mismas posadas, y so pena de pasar plaza de hurón, obligado á presentarme en la

misma mesa, era forzoso que trabásemos relaciones. Así sucedió, y aun más pronto de lo que hubiera querido; porque aquel barullo convenia poco á un enfermo, y sobre todo á un enfermo de mi genio. Mas la curiosidad hace á esas pícaras tan insinuantes, que para conocer á un hombre comienzan por encapricharle. Así me sucedió á mí. La señora de Colombier, por demás asediada de sus mequetrefes, apenas tenía tiempo para dedicarme su atención, y por otra parte tampoco valia la pena, puesto que íbamos á separarnos; mas la de Larnage, menos importunada, debía procurarse compañía para el resto del camino; he aquí que me toma por su cuenta y, adiós, pobre Juan Jacobo, ó mejor, adiós fiebre, flato y pólipa; á su lado desapareció todo, á excepción de ciertas palpitaciones que me quedaron y de que seguramente no quería curarme. El mal estado de mi salud fué el primer motivo de nuestro conocimiento. Bien se echaba de ver que estaba enfermo, era sabido que me dirigía á Montpellier; preciso es que mi semblante y mis maneras no anunciasen un disoluto, pues claramente se echó luego de ver que no se había sospechado que fuese allá con el objeto de tomar las fumigaciones. Aunque el estado de enfermedad no sea para un hombre una gran recomendación para con las mujeres, me hizo sin embargo interesante á los ojos de éstas. Por la mañana enviaban á preguntar por mi salud, y se informaban de cómo había pasado la noche. Una vez, según mi loable costumbre de hablar sin pensar, respondí que no lo sabía. Esta respuesta les hizo creer que estaba loco, y me examinaron más, examen que no me dañó seguramente. En una ocasión oí que la señora du Colombier decía á su amiga: «Le falta mundo, pero es amable.» Esto me tranquilizó mucho y me hizo serlo en efecto.

Familiarizándose, preciso era hablar de sí mismo, decir de dónde se venía, quién era. Esto me molestaba, pues conocía muy bien que entre personas distinguidas, como entre mere-

trices, la palabra neófito iba á aplastarme. No sé por qué extravagancia se me ocurrió pasar por inglés; me di por jacobita, y me tomaron por tal; me llamé Dudding, y me llamaron señor Dudding. Un maldito marqués de Torigrán, que estaba enfermo como yo, viejo por añadidura, y de bastante mal humor, se le antojó trabar conversación con el señor Dudding. Me habló del rey Jacobo, del pretendiente, de la antigua corte de Saint-Germain. Yo me hallaba sobre abrojos; no sabía de todo esto más que lo poco que había leído en Hamilton y en las gacetas; sin embargo, utilicé tan bien este poco, que salí del paso; por fortuna no se le ocurrió hacerme preguntas acerca de la lengua inglesa, de que no sabía una palabra.

Toda la compañía fraternizaba y veía con sentimiento el instante de separarse, así es que hicimos jornadas de tortuga. Hallándonos un domingo en San Marcelino, la señora de Larnage quiso ir á misa, yo fui con ella, y esto por poco me pone en un conflicto. Yo me conduje, como siempre, y por mi continente modesto y recogido, me creyó devoto, y formó de mí la peor opinión del mundo, según me lo confesó dos días después. Mucha galantería hube de usar después, para borrar esta mala impresión; ó más bien la de Larnage, como mujer de experiencia y que no se desalentaba fácilmente, quiso correr el riesgo de ser la primera en insinuarse para ver cómo saldría yo del paso. De tal modo se insinuó, que bien lejos de presumir por mi figura, creí que se burlaba de mí. Con esta loca idea no hubo tontería que no hiciese; era peor que el marqués de *Legs*. Aquella señora supo aguantarse, me agasajó tanto y me dijo cosas tan tiernas, que un hombre mucho menos tonto con trabajo hubiera podido tomarlo seriamente. Cuanto más hacia, más me confirmaba en mi idea; y lo que más me atormentaba era que entre tanto me enamoraba de ella de veras. Yo me decía y le decía suspirando: «¡Ah! todo

esto no es verdad! yo sería el más feliz de los hombres.» Creo que mi sencillez de novicio no hizo más que avivar su fantasía, y no quiso verse desairada.

En Romans habíamos dejado á la señora de Colombier y su séquito. Nosotros continuamos nuestra ruta del modo más pausado y agradable, la señora de Larnage, el marqués de Torigrán y yo. El marqués, aunque enfermo y regañón, era bastante buen hombre, pero no le gustaba comer su pan seco al olor de un buen asado. La de Larnage disimulaba tan poco la preferencia que yo le merecía, que él lo notó antes que yo mismo; y sus malignos sarcasmos hubieran debido inducirme á la confianza que no me atrevía á adquirir en vista de las bondades de la dama, si por una singularidad de carácter, de que yo solo era susceptible, no hubiera imaginado que estaban de común acuerdo para chulearse conmigo. Tamaña estupidez acabó de trastornarme la cabeza y me hizo representar el papel más ridículo en una situación en que, estando mi corazón realmente cautivado, me lo podía inspirar asaz brillante. No concebí cómo no se desanimó con mi grosería y no me despidió con el más solemne chasco. Mas, era una mujer de ingenio que conocía con quién se las había, y veía perfectamente que en mi proceder había más inocencia que tibieza.

Por fin logró darse á entender, aunque no sin trabajo. Habíamos arribado á Valence á la hora de comer, y, según nuestra laudable costumbre, continuamos allí el resto del día. Nos albergamos en Saint-Jacques, fuera de la ciudad; siempre me acordaré de esta posada, así como de la habitación que en ella ocupaba la de Larnage. Después de comer, quiso dar un paseo; sabía que el marqués no se hallaba en estado de andar, y éste era el medio más á propósito para facilitar una entrevista á solas, de la cual estaba resuelta á sacar partido; pues no había ocasiones que desperdiciar. Nos paseamos alrededor de la ciudad y á lo largo de los fosos. Allí volví á empezar la

larga historia de mis querellas, á que respondía ella con un tono tan tierno y apretando á veces mi brazo contra su corazón, que era necesaria toda mi estupidez para no averiguar si hablaba con formalidad. Lo chocante era que yo mismo me hallaba excesivamente conmovido. He dicho que era amable: el amor la hacía encantadora; le devolvía todo el atractivo de la juventud, y sabía comunicar á sus halagos tanto arte, que hubiera seducido á un hombre de mármol. Por tanto yo me hallaba cortado y siempre con impulsos de soltar la rienda; mas el temor de ofender ó de disgustar, el miedo mayor todavía de verme burlado, silbado y objeto de zumba, de dar motivo para un cuento de sobremesa y de ser felicitado por mis empresas por el implacable marqués, me retuvieron hasta el punto de que yo mismo me indignaba por mi estólida vergüenza y por no poder vencerla, aun echándomela en cara. Me hallaba en un potro; había ya abandonado mi propósito de hacer el amor por lo fino, cuyo completo ridículo conocía; no sabiendo qué papel tomar, ni qué decir, me callaba; parecía mohino, en fin, hacía todo lo indispensable para que me aplicaran el trato que merecía. Por fortuna la señora de Larnage tomó una resolución más humana; interrumpió bruscamente este silencio, pasando el brazo alrededor de mi cuello, y de improviso su boca se expresó con harta claridad sobre la mía, para dejarme en mi error. La crisis no podía venir más oportunamente y me volví amable; ya era tiempo. Me había dado esta prueba de confianza, cuya falta casi siempre me ha privado de demostrarme cómo soy. Entonces lo logré. Mis ojos, mis sentidos, mi corazón y mi boca jamás se han expresado tan bien; jamás he reparado tan completamente mi torpeza; y si esta pequeña conquista había costado tanto trabajo á esta señora, tuve motivos para creer que no le dolía.

Aunque viviese cien años, siempre me sería grato el recuerdo de aquella encantadora mujer. Digo encantadora, aunque

no fuese joven y hermosa; mas, no siendo tampoco fea ni vieja, no había nada en su figura que impidiese producir el mejor efecto á su ingenio y á su donaire. Al contrario de las demás mujeres, lo menos fresco que tenía era la cara, sin duda á la que había perjudicado el colorete. No dejaba de tener sus motivos para mostrarse asequible, pues era el mejor medio de hacer conocer cuánto valía. Se la podía ver sin amarla, mas no poseerla sin adorarla. Y esto prueba, á mi entender, que no prodigaba siempre sus favores, como lo hizo conmigo. Se había aficionado demasiado pronto y con harta viveza para ser disculpable; mas era un afecto en que el corazón entraba por lo menos tanto como los sentidos; y durante el corto y delicioso espacio que permanecí á su lado, tuve ocasión de convencerme por las limitaciones que me imponía, de que, á pesar de ser sensual y voluptuosa, anteponeía mi salud á su placer.

Al marqués no le pasó desapercibida nuestra familiaridad, mas no por esto dejó de atormentarme; al contrario, más que nunca me trataba como á un pobre amante tímido, mártir de los rigores de su dama. Jamás se le escapó una palabra, ni una sonrisa, ni una mirada que pudiese inducirme á sospechar que hubiese adivinado nuestra intimidad; y yo le hubiera creído engañado si la de Larnage, que veía más que yo, no me hubiese dicho que no lo estaba, pero que era un hombre galante, y en efecto no pueden darse más finas atenciones, ni comportamiento más urbano que el que usó constantemente, hasta conmigo, salvo sus sátiras, sobre todo después de mi triunfo. Quizás me atribuía el honor de haberlo logrado, y me suponía menos estúpido de lo que antes le había parecido. Se equivocaba, como se ha visto; mas no importa; yo me aproveché de su error, y lo cierto es que entonces las ventajas estaban de mi parte; por esta razón no me importaba servir de blanco de buena voluntad á sus epigramas; algunas veces

le pagaba con la misma moneda y con acierto, orgulloso de hacer gala al lado de la señora de Larnage del valor que me había infundido. Ya no era yo el mismo hombre.

Nos hallábamos en un país y en una estación en que se comía espléndidamente, lo que habíamos hecho en todo el viaje, gracias al buen cuidado del marqués. Sin embargo, le hubiera agradecido que no lo extendiera á las habitaciones, pues enviaba por delante á su lacayo para tomarlas; y el tunante, ya fuese por inspiración propia, ya por mandato de su amo le colocaba siempre al lado de la de Larnage, y á mí me arrinconaba al otro extremo de la casa. Mas esto me ofrecía poca dificultad, y dió nuevo estímulo á nuestras entrevistas. Esta deliciosa vida duró cuatro ó cinco días, durante los cuales me embriagué en la más dulce voluptuosidad. La gocé pura, viva, sin la más ligera sombra de pesar; fué la primera y la única que he gozado; y puedo afirmar que debo á la señora de Larnage no morir sin haber conocido el placer.

Si lo que por ella sentía no era precisamente amor, por lo menos era una correspondencia tan afectuosa por el que ella me manifestaba, como una sensualidad tan ardiente en el placer, y una intimidad tan dulce en la conversación, que tenía todo el embeleso de la pasión sin contener su frenesí, que hace perder la cabeza y arrebató el verdadero goce. No he sentido el verdadero amor más que una vez en mi vida, y seguramente no fué hacia ella. Tampoco la quería como había amado y amaba aún á la señora de Warens; mas por esto mismo la poseía cien veces mejor. Con mamá, mi sensualidad estaba siempre turbada por un sentimiento de tristeza, por una secreta opresión de espíritu, que no podía vencer sin trabajo; en vez de felicitarme de que fuese mía, me hacía un cargo de ello porque la envilecía. Al contrario, con la de Larnage, satisfecho de ser hombre y afortunado, me entregaba á mis sentidos con gusto, con confianza la satisfacción de am-

bos era de igual intensidad; tenía bastante dominio sobre mí mismo para contemplar mi triunfo con tanta vanidad como voluptuosidad y para conseguir de este modo aumentarlo.

No recuerdo bien dónde nos dejó el marqués, que era hijo del país; pero nos encontramos solos antes de llegar á Montelimar, y desde aquel momento la señora de Larnage mandó á su doncella á mi silla, y yo pasé á la suya con ella, y de esta manera no nos fastidiaba el camino; me vería apurado para decir cómo era el país que recorrimos. En Montelimar algunos negocios la detuvieron tres días, durante los cuales no me abandonó más que un cuarto de hora para recibir una visita, que le trajo desoladoras importunidades é invitaciones, que tuvo buen cuidado de no aceptar. Pretextó molestias, que sin embargo no impedían que fuésemos á pasear juntos todos los días por el más bello país y bajo el cielo más hermoso del mundo. ¡ Oh! ¡ qué tres días! alguna vez he tenido que echarlos de menos; no han vuelto á presentarse jamás otros semejantes.

Los amores de viaje se olvidan fácilmente; fué preciso separarnos, y confieso que ya era á tiempo, no porque me sintiese saciado ni próximo á ello: cada día me aficionaba más, pero á pesar de toda la discreción de la dama, casi no me quedaba más que la voluntad. Nos consolamos del sentimiento que experimentábamos alejándonos, formando proyectos para volvernos á ver. Se decidió que, pues me convenía aquel régimen, me sometería á él, yendo á pasar el invierno en la villa Saint-Audiol, bajo la dirección de la señora de Larnage. Sólo debía permanecer en Montpellier cinco ó seis semanas para que ella tuviese tiempo de preparar las cosas de manera que se cubriesen las apariencias. Dióme amplias instrucciones acerca de lo que debía decir y de mi conducta. Entre tanto habíamos de escribirnos; me habló detenidamente y con mucha formalidad de mi salud: me exhortó á consultar á gente

entendida, que tuviese cuidado con lo que me prescribiesen, y se encargó de hacerme ejecutar sus órdenes, por más severas que fuesen, mientras permaneciese á su lado. Yo creo que hablaba sinceramente, porque me quería; mil pruebas me dió de ello más elocuentes que sus favores. Por mi equipaje conocí que yo no nadaba en la opulencia; aunque tampoco ella fuese rica, al separarnos quiso obligarme á partir su bolsillo, que de Grenoble traía bien repleto; y me vi apurado para rehusarlo. En fin, me separé de ella llevando su imagen en el corazón, dejándole á lo que me parece, un verdadero afecto hacia mí.

Concluí mi camino, repasándolo en mi memoria, y entre tanto satisfecho de ir en buena silla para soñar más ampliamente en los placeres que había gozado y los que me aguardaban. No pensaba más que en la villa de Saint-Andiol y en la venturosa vida que en ella me esperaba; no veía más que á la señora de Larnage y sus allegados; el resto del universo nada era para mí; hasta mamá quedaba olvidada.

Me ocupaba en combinar en mi fantasía todos los detalles en que entraba la de Larnage para formarme una idea de su vivienda, de su vecindad, de su sociedad y de todo su modo de vivir. Tenía una hija, de que repetidas veces me habló como madre cariñosa. Esta hija contaba quince años cumplidos; era vivaracha, graciosa y de un carácter amable. Se me había prometido que la hallaría cariñosa; yo no había olvidado esta promesa y tenía gran empeño en imaginar cómo trataría la señorita de Larnage al buen amigo de su madre. Tales fueron los motivos de mis delirios desde Pont-Saint-Espirit hasta Remoulin. Me habían dicho que fuese á ver el puente del Gard y no dejé de hacerlo. Después de haberme desayunado con excelentes higos, tomé un guía y fui á visitar el puente del Gard. Era éste el primer monumento romano que veía; yo esperaba encontrar una obra digna de sus constructores, y por

esta vez, única en mi vida, la realidad sobrepujo mis esperanzas. Sólo á los romanos era dado obtener tal resultado. El aspecto de esa sencilla y admirable obra me llamó la atención, tanto más en cuanto se halla situada en medio de un desierto, donde el silencio y la soledad hacen el objeto más admirable y la impresión más viva; el pretendido puente no era más que un acueducto. Uno se pregunta cómo piedras tan enormes se trasladaron á aquel lugar tan alejado de toda cantera y cómo se reunieron millares de hombres para trabajar en un punto tan desierto. Recorrí los tres pisos de este soberbio edificio, que el respeto casi me impedía hollar con mis plantas. El eco de mis pisadas bajo aquellas inmensas bóvedas me hacía imaginar la potente voz de los que las habían levantado. Me perdía como un insecto en su inmensidad. Al considerarme pequeño, sentía un no sé que que elevaba mi alma, y suspirando me decía: «¿Por qué no nací romano?» Allí permanecí largas horas en una contemplación arrobadora. Volvíme pensativo y delirante, y este delirio fué muy poco favorable para la señora de Larnage. Ella había pensado en precaverme de las mujeres de Montpellier, mas no del puente del Gard. Nunca se piensa en todo.

En Nimes fui á visitar el anfiteatro; es una obra muy superior al puente del Gard y que me impresionó mucho menos, sea que mi admiración se hubiese agotado con el primer objeto, sea que la situación del otro en medio de una ciudad fuese menos propia para excitarla. Este vasto y magnífico circo está rodeado de casas pequeñas y feas, y otras más pequeñas y más feas todavía llenan su arena; de suerte que el conjunto no produce más que un efecto chocante y confuso, donde el sentimiento y la indignación ahogan el placer y la sorpresa. Posteriormente, he visto el circo de Verona, mucho más pequeño y menos hermoso que el de Nimes, pero cuidado y conservado con toda la decencia y propiedad posibles, y que

por esto mismo me causó una impresión más viva y agradable. Los franceses no tienen cuidado de nada y no respetan ningún monumento. Son todo fuego para emprender y no saben concluir ni conservar nada <sup>4</sup>.

De tal modo cambié, y mi sensualidad puesta en ejercicio tan bien se había despertado, que un día me detuve en el *Pont de Lunel* para comer en alegre compañía de los que en él se encontraban. Esta fonda, la más acreditada de Europa entonces, merecía serlo. Los que la tenían habían sabido sacar partido de su favorable situación, para mantenerla escogida y abundantemente provista. Realmente era una cosa curiosa hallar en una casa sola y aislada en medio del campo una mesa donde aparecían pescados de mar y de agua dulce, excelente caza, vinos delicados, servidos con esa finura y diligencia que sólo se encuentra en las casas de los grandes y de los ricos, y todo por treinta y cinco sueldos. Mas no permaneció mucho tiempo bajo este pie el *Pont de Lunel*, y á fuerza de extenderse su reputación, al fin la perdió completamente.

Durante el camino me había olvidado de que estaba enfermo, y me acordé de ello al llegar á Montpellier. Mi flato se había curado, pero los otros males me quedaban todos; y aunque la costumbre hizo que no los sintiera tanto, eran lo bastante para que cualquiera que se sintiese atacado por ellos repentinamente se creyese muerto. En efecto, eran menos dolorosos que terribles, y hacían sufrir más en el espíritu que en el cuerpo, cuya destrucción parecían anunciar. De ahí provenía que al distraerme vivas pasiones, ya no pensaba en mi estado; mas como no era imaginario, lo conocía tan pronto como recobraba mi sangre fría. Por lo tanto, pensaba seriamente en los consejos de la señora de Larnage y en el objeto

<sup>4</sup> Una disposición del gobierno francés ordenó en 1810 la destrucción de todas estas casuchas.

de mi viaje. Fui á consultar á los más famosos prácticos, sobre todo al señor Fizes, y por exceso de precaución me puse á pupilo en casa de un señor médico. Era éste un inglés llamado Fitz-Moris que tenía una mesa bastante numerosa de estudiantes de medicina; el enfermo hallaba en su casa la ventaja de que Fitz-Moris se contentaba con una módica pensión por la manutención y no llevaba nada á sus pensionistas por sus cuidados como médico. Se encargó de ejecutar las prescripciones de Fizes y velar por mi salud. Pronto se cobró su trabajo por medio del régimen; en aquella pensión estaba uno seguro de no padecer nunca indigestiones; y aunque no doy gran importancia á esa clase de privaciones, los términos de comparación estaban tan cercanos, que no pude menos de convenir conmigo mismo, que el señor de Torignán era mejor proveedor que Fitz-Moris. Sin embargo, como tampoco se moría uno de hambre, y todos aquellos jóvenes eran muy divertidos, este modo de vivir me fué realmente provechoso, evitándome caer de nuevo en mi languidez. Empleaba la mañana en tomar medicinas, sobre todo no sé qué aguas, creo que las de Vals, y escribiendo á la señora de Larnage; pues la correspondencia era activa, y Rousseau se encargaba de retirar la correspondencia de su amigo Dudding; á medio día, iba á dar un paseo por la Canourgue con algunos de nuestros jóvenes comensales, que eran todos muy buenos muchachos; luego nos reuníamos para ir á comer. Después de comer, la mayor parte de nosotros se ocupaba en un asunto importante, cual era jugar la merienda en dos ó tres partidas de mallo. Yo no jugaba, pues me faltaban fuerzas y destreza, pero apostaba, y siguiendo con el interés de la apuesta á los jugadores y sus bolas á través de caminos ásperos y pedregosos, hacía un ejercicio grato y saludable que me era conveniente. Merendábamos en una fonda fuera de la ciudad. No necesito decir que estas meriendas eran alegres; y debo añadir bastante decentes,